

## Hilos de Amapola

A la noche se le hacía tarde y los colores de su desesperación teñían el parque de pasteles naranjas y rosas. Desfundé mis armas, dos agujas cuya empuñadura mostraba canas en honor a las mías. El bus frenó ante el parque y bajé con la parsimonia que solo alguien de mi edad puede permitirse sin el peso de las miradas soslayadas. Esperé durante unos minutos a que una pareja de enamorados desalojara mi banquita favorita. Desde ahí parecía como si los edificios se hubieran quitado del camino cortésmente para permitirme contemplar el cielo. Iba a necesitar un lienzo hermoso. Hoy era un día especial.

Media hora después, hilos iban y venían. *Clic, clac... Clac, clac...* Las dos agujas meticulosamente entrelazaban fibras de lana. Bailaban una con otra con fluidez elocuente. Aferradas a ellas, mis manos arrugadas y temblorosas intentaban seguirles el paso como si no fuera yo la que las controlaba. Intentaba que mi anillo de oro con una rosa roja no desentonara el claqueteo de las agujas. Mis ojos supervisaban la orquesta a través de los gruesos lentes. Me había tomado el tiempo de vestir mi mejor vestido, o por lo menos mi favorito, que no es lo mismo. Me había maquillado tan coqueta como en mi juventud. De repente, una voz me distrajo.

—¡Amapola! Bella, me alegra tanto que pudieras venir. Te ves divina.

Volteé hacia mi izquierda. Ahí estaba Angélica, tal como si la hubiera visto ayer mismo. Tenía un hermoso vestido amarillo con vuelos a los costados. La edad había desbordado sus mejillas como dos cortinas que escondían su hermosa sonrisa. Sus párpados mostraban raíces a los costados, y los pómulos los estrujaban hacia arriba al estar feliz. Parecía que sus ojos me miraban y al mismo tiempo formaban dos sonrisas más en su rostro. Luego de contemplarla por lo que pareció una eternidad, recordé contestar.

—No me perdería tu cumpleaños por nada del mundo, Angélica. Sabes el apego que te tengo.

En ese momento, Angélica sacó su propio arsenal de agujas y lana. Asintió con gesto sugerente y rápidamente convertimos mi concierto de tejido en una orquesta. Hilos iban y venían. *Clic, clac... Clac, clac...* No necesitábamos hablar del pasado, las agujas lo hacían por nosotras. De repente me recordé una cosa nueva que me urgía decirle. Frené repentinamente la sinfonía.

—No te imaginarás a quien vi ayer. ¿Tú recuerdas al hijo de los Villanueva, los carniceros?

—¡Oh, Otilio! —Angélica dejó descansar sus manos en los regazos. —Que caballero tan elegante, siempre esbelto y con bigote impecable. ¡Guapísimo! ¿No heredó la carnicería?

—Pues, te diré algo... —Contesté entre risas contenidas. —No sé si la heredó o se la comió, porque no te imaginas la barriga que maneja ese hombre.

La carcajada que alzamos al aire juntas me llevó de vuelta en el tiempo. Intentamos componernos lo mejor que pudimos. Nos miramos por un momento y, sin quererlo, volvimos a estallar en risas. Me gusta recordar y pensar que las lágrimas que escaparon de mis ojos tenían azúcar en vez de sal. Reímos hasta que la tos me interrumpió.

—Oh Amapola, no has cambiado nada. —Me dijo Angélica al recobrar el aire. —Sabes, me gustaría poder verte más a menudo...

Sentí un pesar en mi corazón. Iba a contestar, sin embargo en ese momento un joven pasó frente a nosotras. El joven miró la banca en la que estábamos sentadas.. Observó las agujas en mis manos. Se acercó y se sentó en los regazos de Angélica. Sacó el el móvil de su bolsillo y comenzó a ojearlo. La pobre angélica tenía la cabeza aplastada contra el respaldo de la banca. Pasaron los minutos. No dije nada. Al cabo de cinco minutos, el joven levantó la cabeza. Se levantó bruscamente de la banca y se fue. Miré a Angélica. Se acomodó la enagua y bufó.

—Odio cuando hacen eso...

Le ayudé a quitarse un par de pelusas de los hombros, cortesía del muchacho.

—Pobre, se te arrugó el vestido... —Dije. Luego quise volver inmediatamente al asunto que hablábamos. —Mira, yo entiendo que te sientas así. Yo hago el esfuerzo de venir aquí y poder celebrar tu cumpleaños.

Angélica sonrió. Una lágrima comenzó a viajar desde su ojo y se perdió entre las desbordadas mejillas. Miré de soslayo a mi derecha y me percaté que el autobús que se dirigía a mi hogar había llegado a la parada. Un hombre uniformado se bajó de la cabina. Recibió a algunos pasajeros con una sonrisa antes de notarme. Se peinó el bigote y comenzó a caminar hacia mí.

—Disculpe señora, este es el último turno de la tarde. ¿No le preocupa quedarse sola cuando anochezca?

—No se preocupe joven, tengo buena compañía. —Le dije sin pesar.

El chofer miró el espacio vacío a mi izquierda. Solo notó el anillo de oro con una rosa blanca que se hallaba posado sobre la madera. Se encogió de hombros y se dirigió de vuelta al autobus. Yo simplemente continué la sinfonía de las agujas. Hilos iban y venían. *Clic, clac... Clac, clac...*